

do por los ingleses y los imperiales, deseosos de vengar en la Francia los estragos del Palatinado.

La Francia tenía que sufrir además calamidades naturales: las viruelas se cebaban en ella con frecuencia. Al terrible invierno de 1709 sucedió otro tan riguroso, que las viñas, los olivos y los árboles frutales se perdieron; lo mismo le sucedió á la simiente, resultando una carestía que agravaba aún más las medidas ignorantes. El pueblo se moría, y lo que sentía aún más, las contribuciones no se cobraban, lo que hacía que el rey no pudiese pagar sus tropas. Triplícose la capitación; fundióse de nuevo la moneda y diósele un valor de una tercera parte más que el suyo; vendiéronse cartas de nobleza á razon de 2.000 escudos. Al estado tan próspero de la hacienda en tiempo de Colbert sucedió un descrédito general, y las quiebras fueron frecuentes. Ya no quedaba dinero, ni existía comercio; las tierras permanecían sin cultivo, los industriales eran desterrados, las rentas del Estado se hallaban envilecidas, el pueblo empobrecido por las contribuciones; no recibiendo los nobles en el ejército, se veían precisados á empeñar sus tierras. El rey tuvo que procurarse 8.000.000 mediante 32 de rescriptos, es decir, al 400 por 100. Las rentas no ascendían más que á 115.389.074 libras; pero los gastos eran de 82.859.504. No quedaban, pues, más que 32 millones y medio para los gastos del gobierno, y se hallaban gastados los de tres años.

Luis XIV hubiera querido disminuir sus gastos; pero se lo impedían sus costumbres de lujo y su compasión hacía sus antiguos servidores. Madama de Maintenon se veía reducida á comer pan moreno; compañías enteras de caballería desertaban para dedicarse al contrabando. El banquero Samuel Bernard era, por la parte del rey, quien trataba de procurarle dinero, siendo objeto de atenciones que en otro tiempo los príncipes no hubieran dispensado. En fin, viéndose Luis XIV en los últimos apuros, impuso por contribucion la décima parte de todas las rentas; pero expuesto este impuesto á la mayor arbitrariedad, causó un grande descontento y produjo muy poco.

Entre tanto Leopoldo y su sucesor José I, habían muerto. Habiendo recaído el imperio en Carlos, pretendiente al trono de España, rena-

cia por esta parte el temor de una reunion peligrosa entre los aliados, y entre los españoles el de verse reducidos á provincia. A los planes dispuestos por Marlborough se oponían siempre obstáculos por los comisionados de los Estados generales, que acompañaban al ejército con instrucciones muy limitadas, y debían, con arreglo á la constitucion, consultar á tantas personas, que era imposible el secreto; añádase á esto la envidiosa repugnancia á obedecer á un príncipe extranjero. Así fué que Marlborough tuvo que engañarlos con frecuencia y no revelar sus proyectos sino en el momento de la ejecucion. Por esta razon es por la que habiendo recibido el anciano general Athlone felicitaciones de los Estados generales por el feliz éxito de la campaña de 1702, contestó: *No se debe sino al incomparable generalísimo; por lo que á mí toca, no puedo acusarme sino de haberme opuesto continuamente á todo lo que proponía al consejo.*

Trabajaba, sin embargo, secretamente Luis XIV para obtener la paz; pero no ha habido en los tiempos modernos negociaciones más largas y complicadas que aquéllas. El curso de su afortunado reinado, segun el marqués de Torcy, no había sido, durante muchos años, interrumpido por ningun revés; así era, que el rey sentía más las calamidades, pues no las había experimentado. Era un terrible motivo de humillacion para un monarca acostumbrado á vencer, alabado por sus triunfos, por su moderacion, cuando dictaba la paz y prescribía las condiciones, verse obligado á implorarla de sus enemigos, ofrecerles en vano restituirles una parte de sus conquistas, la monarquía española y el abandono de sus aliados; aún más, para hacer aceptar sus ofrecimientos fué preciso dirigirse á aquella república, cuyas principales provincias había conquistado en 1672, y rechazado la sumision con que le suplicaba le concediese la paz con las condiciones que quisiese. Soportaba el rey semejante cambio con la constancia de un héroe y la resignacion de un cristiano á las órdenes de la Providencia, ménos afligido de sus pesares de que los sufrimientos de su pueblo; ocupado sin cesar en los medios de aliviar y concluir la guerra, apenas se notaba que se violentase para ocultar á los demas sus propias penas.

Impulsado por la necesidad y por las reclamaciones que le dirigian de todas partes los pueblos, Luis XIV volvía á anudar las negociaciones, y ofreciendo millones, tentaba la venalidad de Marlborough. Pero cuanto más se excedía, más aumentaban las pretensiones de sus enemigos, y el rey Felipe V no consentía en ceder ni en fraccionar su corona.

El partido whig había dominado en Inglaterra mientras duró la necesidad de sostener á la nueva dinastía contra el gran rey; pero entonces, que cesaba de inspirar ya temor, se habían despertado los torys más dispuestos á un arreglo. Habiendo depuesto del ministerio la reina Ana á Marlborough y á Godolphin, le confió á Bolingbroke, ardiente partidario de la paz, y un cambio de gabinete produjo lo que tantos armamentos no habían podido verificar. La Inglaterra hubiera visto con disgusto el que Carlos reuniese al imperio tantos otros Estados, y la Holanda, su rival en el comercio, aumentar sus posesiones. Hicieronse, pues, proposiciones á Luis XIV, que, como se puede conocer, las aceptó con gran satisfaccion, y éstas fueron los preliminares de un tratado de paz. En vano acudió Eugenio á Inglaterra para poner obstáculos y derribar al ministerio, aún cuando fuese por el asesinato y el incendio; indicóse un congreso en Utrecht para discutir las condiciones.

Sin embargo, los imperiales se obstinaron en su negativa. Eugenio atacó á Landrecies, cuya toma le hubiera abierto la Champagne y la Picardía; sus exploradores se adelantaron hasta las puertas de Reims, y amenazó *llegar hasta Versalles con la tea en la mano.* Toda la Francia se encontraba sumergida en el espanto y se aconsejaba al rey retirarse al otro lado del Loira. Esta era la humillacion á que se veía reducido, á la edad de setenta y tres años, aquel rey, en otro tiempo tan feliz; y como si esto no bastase aún, quiso Dios presentarle como objeto de compasion.

El delfin, su único hijo legítimo, «el mejor de los hombres y el más incapaz de los príncipes,» murió á la edad de cuarenta y nueve años (1711) en Meudon, donde vivía retirado, despues de haber manifestado alguna habilidad en la guerra, pero ninguna en todo lo demas. El dolor que Luis XIV sintió fué mode-

rado; pero no era más que la primera gota de un cáliz que debía apurar hasta las heces.

El duque de Borgoña, hijo de este príncipe, de pasiones violentas, había sido educado santamente por Fenelon; despues por Fleury, y buen guerrero, se lisongeaba de reunir con instituciones generosas á príncipes, ejército y pueblo; murió también á su vez (1712), á la edad de treinta años, despues de haber llevado diez meses el título de Delfin.

María Adelaida de Saboya, su mujer, llena de gracia y talento, formaba las delicias del anciano rey.

«En público, seria, mesurada, respetuosa con el rey, y en tímido decoro con Mad. de Maintenon, á quien siempre llamaba *su tia*, para confundir la categoría y la amistad; en particular, charlando, jugando en su rededor, inclinada tan pronto sobre el sillón de uno ó de otro, como jugando sobre sus rodillas, los abrazaba, besaba, acariciaba, les cogía de la barba, los atormentaba; revolvía sus mesas, sus papeles, sus cartas, las abría, las leía, á veces á pesar suyo si los veía de humor de reír, y otras hablaba demasiado. Admitida en todo, cuando recibían los correos, portadores de las más importantes noticias; entraba en las habitaciones del rey á todas horas, aún mientras duraba el consejo; útil y fatal á los mismos ministros, pero siempre inclinada á obligar, servir, excusar y hacer el bien, á ménos que no estuviese violentamente incomodada contra alguno, como lo estuvo con Pontchartrain, á quien llamaba algunas veces, hablando con el rey, *uestro feo tuerto*; ó por alguna causa mayor, como lo estuvo contra Chamillart; tan libre, que oyendo una tarde al rey y á Mad. Maintenon hablar con afecto de la corte de Inglaterra, en la época en que se esperaba la paz de la reina Ana, *Tia mia*, dijo la princesa, *es preciso convenir que en Inglaterra la reina gobierna mejor que los reyes; ¿y sabéis por qué, tia? y siempre corriendo y saltando: Es porque en la época de los reyes son las mujeres las que gobiernan y los hombres en las de las reinas.*»

Pues bien, aquella encantadora princesa bajó al sepulcro seis dias antes que su marido. Dejaban dos hijos, el uno de edad de cinco años, que fué entonces delfin; pero aún no se habían pasado cuatro semanas cuando murió también,

y no quedaba ya en derredor del viejo tronco real más que un débil vástago de dos años.

Los dolores del hombre afectan aún á aquellos que detestan las faltas cometidas por el rey. El pueblo, que esperaba de los delfines un consuelo á los males bajo cuyo peso gemía, se los perdonaba á Luis XIV porque era su padre y su abuelo, y se entregó entonces á un loco dolor; como en las grandes desgracias es una necesidad encontrar alguien á quien imputarlas, no se habló sino de veneno. San Simon acusa á la corte de Viena; la voz pública denunciaba al duque de Orleans, á quien aquellos criminales aseguraban la regencia y aproximaban al trono. Pidió que se instruyese un proceso sobre ello, pero toda su culpa fué haber dado motivo á él por su amistad con personas viciosas.

Profundamente conmovido el rey por aquellas dolorosas pérdidas, dijo al mariscal de Villars, cuando se despidió para ir á ponerse al frente del ejército reunido por un último esfuerzo: «Veis á lo que me veo reducido. Pocos ejemplos hay de una pérdida semejante á la mía; Dios me castiga, lo he merecido, eso ménos sufriré en el otro mundo. Pero demos tregua á los dolores que causan mis desgracias domésticas, y veamos cómo evitar los del reino. Os entrego las últimas fuerzas y la salvación del Estado; es manifestaros cuánta confianza tengo en vos. Conozco vuestro celo y el valor de mis tropas; sin embargo, la fortuna podía serme contraria. En el caso de que le acaeciese alguna desgracia al ejército mandado por vos, ¿qué partido os parece debía adoptar con respecto á mi persona?»

Viendo vacilar á Villars: «No me admiro, replicó, que no me contesteis al momento; pero mientras me decís lo que pensáis, os diré lo que creo. Los cortesanos desearían que me retirase á Blois sin aguardar á que se acercase el ejército enemigo á París, como inevitablemente lo haría si fuese derrotado el mío. Sin embargo, no consentiré nunca en que el enemigo se acerque tanto á mi capital. Sé que ejércitos tan considerables no son nunca derrotados hasta el punto de no poderse retirar la mayor parte del mío al Soma. Conozco este río; es difícil de pasar, y hay plazas en él que pueden ponerse en buen estado. En caso de revés, iré

á Perona ó á San Quintín; reuniré las tropas que me quedan para hacer con vos un último esfuerzo, y perecer juntos ó salvar el Estado.» Despidiéndole despues le mandó marchar contra el enemigo y dar la batalla. «Pero, señor, es vuestro último ejército.—¡No importa! No exijo que batais al enemigo, sino que le ataqueis. Si la batalla se pierde, escribidme en particular. Montaré á caballo, atravesaré á París con la carta en la mano. Conozco á los franceses; os llevaré doscientos mil hombres, y me sepultaré con ellos bajo las ruinas de la monarquía.»

No hubo necesidad de llegar á estos extremos; vencedor Villars en Denain, precisó á Eugenio á levantar el sitio de Landrecies, y se hizo dueño de varias plazas, lo cual disminuyó los obstáculos para hacer la paz.

En medio de las eternas discusiones á que dieron lugar las negociaciones, hay una que no podemos pasar en silencio. Habiendo pretendido Ana que Felipe V renunciase á sus derechos eventuales al trono de Francia, le propuso dos partidos: ó desistir de la corona de Francia, conservando la España y la América, ó renunciar á éstas para ser indemnizado con los ducados de Saboya, Montferrato y Mantua, con la facultad de reunirlos á la Francia en el caso que fuese llamado á reinar en ella. Esta última alternativa agradaba mucho á Luis XIV, aún cuando no fuese más que por tener á Felipe V por vecino y apoyo de su ancianidad. Pero este príncipe encontró en su propia rectitud bastantes fuerzas para resistirse á la voluntad paterna, y no separarse de la nación que le había preferido. Habiendo, pues, elegido un ministerio español, protestó contra las divisiones proyectadas, excitó el entusiasmo de la nación, y se puso á la cabeza de un ejército para rechazar á los austriacos.

Felipe V inspiraba respeto á los castellanos; y la pobreza, los reveses, que por lo comun envilecen á los príncipes, le hicieron querido. Tuvo por sostenes á Luisa de Saboya, su esposa, y á la princesa Ana de los Ursinos, camarera mayor de palacio, mujeres valerosas y á prueba de desgracias. Arrojado dos veces del reino sin confesarse nunca destronado, fué llevado dos veces á él: la una por el duque de Berwick, despues de la batalla de Alman-

sa (1707), la otra por Vendome, despues de la de Villaviciosa (1710), y eligió el primero de los dos partidos que le habían propuesto, renunciando á todos los derechos eventuales á la corona de Francia.

En fin, verificóse la paz (1713), y la Inglaterra, que por primera vez se encontraba árbitra de la Europa, quiso arreglarla de tal manera, que en mucho tiempo ninguna potencia de Europa pudiese predominar, y esto favoreciendo exclusivamente á las de segundo ó tercer orden.

Segun los términos del tratado, la Francia reconoció la línea protestante de la casa inglesa de Hannover, y declaró que nunca se reuniría á la corona francesa la de España, con la que se comprometió á reducir su comercio al Estado en que estaba en tiempo de Carlos II; desmanteló sus fortificaciones y cegó el puerto de Dunkerque, culpable de haber armado en el trascurso de aquella guerra á setecientos noventa y dos corsarios.

Restituyó á la Inglaterra la bahía y el estrecho de Hudson, cedióle la isla de San Cristóbal, la Nueva Escocia en Acadia, y Terra Nova con sus dependencias; en fin, renunció en favor de Portugal á todas sus pretensiones sobre las tierras situadas al Norte del río de las Amazonas.

Cediendo la España la Sicilia, Nápoles, la Cerdeña, con el resto de la herencia de la casa de Borgoña, y abandonando á los ingleses Menorca y Gibraltar, se encontraba borrada de la lista de las potencias de primer orden; concedía además á los ingleses la facultad de trasladar anualmente, por espacio de treinta años, cuatro mil ochocientos negros á América (*asiento*) con otros derechos comerciales, y se comprometía á no ceder á otros pueblos ningún privilegio sobre las Indias, ni enajenar ninguna de sus colonias.

La casa de Saboya, á la cual los Estados marítimos estaban resueltos á conceder gran poder á fin de que pudiese equilibrarse á sus vecinos, obtuvo mejores fronteras, y se le devolvió la Saboya, con Niza y toda la vertiente italiana de los Alpes Marítimos, cuya cresta marcó sus confines con la Francia. Concedióse además la Sicilia al duque con el título de rey, y la expectativa á la corona de España, en el

caso en que la línea de Felipe V llegase á extinguirse.

Los Estados generales, cuyo poder por mar no se aumentaba, restituyeron á la Francia, Lille, Orchies, Bethune, Aire, San Venant y el fuerte Francés; obtuvieron al mismo tiempo por barrera á Tournay, Iprés, Menin, Furnes, Warneton, Warwick, Comines y el fuerte de Kenoche.

Estos eran varios tratados particulares más bien que una paz general; pues uno de ellos podía romperse sin perjudicar á los demás. Sin embargo, el objeto de la guerra permanecía sin decidirse, pues el emperador no renunciaba á sus pretensiones sobre la España, pretensiones que habían costado treinta años de intrigas y catorce de guerra. Cuando Luis XIV consiguó aislarle de sus aliados, adoptó otro tono en las proposiciones que le dirigió; y á su negativa de aceptarlas continuó la guerra contra aquel príncipe, hasta el momento en que los triunfos de Villars le precisaron á negociar (1714). Concluyóse la paz en Rastad entre aquel general y el príncipe Eugenio; en fin, los Estados del imperio accedieron al tratado de Baden. Las estipulaciones de aquel tratado aseguraron al emperador Nápoles con el Estado de los *presidii*, Milan, Mantua y la Cerdeña; recobró á Nièux-Brisach, Friburgo, Kehl, dejando á la Francia Estrasburgo, Landau, Huningue, Neuf-Brisach y la soberanía de la Alsacia; los electores de Baviera y Colonia fueron relevados del decreto dado contra ellos.

Estos tratados quedaron revocados por el de la Barrera (1715), hecho en Amberes con objeto de conceder los Países Bajos á la casa de Austria, y proporcionarle los medios de defenderlos sin gastos, dando á los holandeses el derecho de mantener guarniciones en Namur, Tournay, Menin, Furnes, Warneton y Knoke.

De esta manera se daba una nueva distribución á la Europa, arreglando las diferencias que la habían agitado durante un siglo. La casa de Austria, á pesar de sus adquisiciones, veía el temido cetro de Carlos V romperse entre sus manos, y elevarse al lado suyo la Prusia, de la que había sido reconocido rey el elector de Brandeburgo, y añadido á sus Estados el ducado de Güeldre, arrebatado á la España. El ejemplo dado por la Baviera, declarándose en contra

del imperio, debía encontrar imitadores. La dignidad de la Francia se manifestaba cuando despues de desgraciadas guerras podia salir de ellas con pérdidas poco considerables, y conservando el trono de España en la familia real. La rivalidad que duraba hacia dos siglos entre aquellos dos Estados, cesaba de existir; pero pronto se conoció cuán débiles son los vínculos de parentesco en política. El efecto principal de aquella paz había sido separar de la España las provincias flamencas, para adjudicarlas al Austria, con la idea de conservar el equilibrio, reprimir las disposiciones invasoras de Luis XIV, y defender al Austria, al imperio y á la Holanda. En vano trataron los protestantes de obtener en el tratado algunas ventajas para sus correligionarios.

Las potencias marítimas estipularon en ventaja propia; resultando un engrandecimiento en el sistema comercial. Pero la Holanda, á la que Witt queria engrandecer por el mar y no por el continente, gastó trescientos cincuenta millones de florines en obtener el tratado de la Barrera, como garantía de su futura existencia. La Inglaterra había dirigido la guerra y la paz; pudo, con el sistema de empréstitos introducido entonces, proporcionar subsidios y soportar enormes gastos. Entonces encontraba ventaja en permanecer unida al emperador, como dueño de los Países Bajos, y podia ganar á su partido á la Saboya, como tambien á los principes del imperio. Habiéndose unido á Portugal por el comercio, siendo partidaria suya la república de Holanda, y poseyendo ya más medios para seguir sus combinaciones políticas, quedaba árbitra del continente.

Los pueblos habían sufrido más de lo que puede expresarse, y nada se estipuló para ellos.

#### CAPITULO X.

Fin de Luis XIV.

Aquella larga guerra había sido producida por culpa de Luis XIV, cuya ambicion no conocia límites, resultando la independencia de toda la Europa. Negándose á ceder algo en un principio, se arriesgó á perderlo todo. La particion que las personas moderadas habían propuesto al comenzar la lucha se efectuó despues; pero cuánta sangre y dolores no costó!

La nacion no se atrevia á insultar á aquella grandeza decaida, y hasta temia un porvenir más deplorable. Sin embargo, la poblacion estaba diezmada, destruida la industria por la revocacion del edicto de Nantes, y por la reaccion de aquellos á quienes había tratado de perjudicar con el sistema de Colbert; los campos aniquilados por enormes contribuciones, y provincias enteras reducidas á desiertos, por órdenes positivas ó persecuciones religiosas. Causaba desaliento ver al gobierno sucumbir bajo el peso de una deuda de 2.600.000.000, equivalente al doble en el dia, recurrir á expedientes desastrosos, crear empleos ridículos para venderlos, pagar al 10, al 20 y hasta al 50 por 100 el dinero que la Inglaterra y la Holanda obtenian al 4, y sin embargo, no podia atender á sus necesidades; dejaba al ejército sufrir derrotas y humillaciones, á los habitantes morir de hambre y frio, mientras que los arrendadores de las contribuciones seguian cobrándolas inexorablemente, hasta el grado de haberse rebelado ciertas provincias, y haber sido preciso tomar por asalto á Cahors.

Vauban y Bois-Guilbert describieron aquellas miserias con la elocuencia de los hechos. Vauban no hubiera sido ménos grande en la administracion que en la guerra. Educado entre el pueblo, su atencion se fijó en sus sufrimientos; así es que se informaba constantemente del estado de las provincias, de los medios de mejorar su suerte, de los productos más ventajosos, de las medidas que se habían de adoptar para suprimir las contribuciones odiosas, refrenar la avaricia de los exactores, y aumentar las rentas del tesoro disminuyendo las cargas de los súbditos. De esta manera heria grandemente los intereses de los que engordaban con la sustancia del pueblo, por lo cual le presentaban al rey como culpable de ofensa hácia él en la persona de sus ministros; y el crédulo Luis XIV, que se había servido de él para ceñir su frente con detestados laureles, le arrebató su favor, y dejó morir oscuro y lleno de desaliento.

Si la verdad es una injuria, Luis XIV debió, en efecto, creerse ofendido por un libro del mariscal, en el que se demostraba que una décima parte de la poblacion francesa se encontraba reducida á la mendicidad; que de las otras

nueve décimas, cinco no estaban en estado de dar limosna al necesitado, tres en mal estado, comprometidas en procesos y gastos: sólo quedaba una décima compuesta de nobles, personas dedicadas á las armas y á la toga, sacerdotes, empleados, grandes comerciantes y rentistas que componian entre todos cien mil familias, de las cuales no había veinte mil que pudiese decirse que estaban bien.

No es este el lugar de examinar los remedios sugeridos por Vauban, fundados en una reparticion igual y general de los impuestos, y en una aritmética política admirable para la época, tanto más, cuanto que en el siglo de los privilegios y del orgullo aristocrático, todas sus ideas tenían por objeto el bienestar de aquel pueblo en quien nadie pensaba, al paso que para él era el nervio del Estado. Ahora bien, Vauban se atrevió á hacer presente á Luis XIV, acostumbrado sólo á las alabanzas y aplausos por la felicidad que proporcionaba á sus súbditos, el mal que roía á los miembros inferiores, y amenazaba llegar pronto al corazon y á la cabeza.

«Cerca de una décima parte de la poblacion, decia, se ve reducida á la mendicidad propiamente dicha, y no hay diez mil familias que se puedan llamar acomodadas.» Bois-Guilbert, teniente general en la baillía de Rouen, se expresaba en estos términos: «Las contribuciones se cobran con gran rigor, y lo ménos la cuarta parte se consume en gastos. Sucede con frecuencia llevar las ejecuciones hasta el grado de coger las puertas de las casas, despues de haberlas vaciado; algunas han sido demolidas para sacar las vigas y tablas y venderlas cinco ó seis veces ménos de su valor. Excepto el hierro y el fuego, que gracias á Dios no se han empleado aún para forzar al pueblo, no hay medio que no se haya puesto por obra, y todas las provincias del reino están en la mayor ruina.» Fenelon se había mostrado contrario á la guerra, que consideraba injusta, y había aconsejado á Felipe V renunciarse á un trono desastroso; despues, cuando estalló, acudió á ayudar al hambriento ejército abriéndole sus propios graneros. Ahora bien, á sus ojos, el único remedio á tanta desgracia era convocar á los notables, y queria que el duque de Chevreuse persuadiese de ello al rey.

«No veo ningun sólido recurso sino aquel de que no convencereis al rey. Nuestro mal procede de que esta guerra no ha sido hasta ahora más que asunto del rey, que se encuentra arruinado y desacreditado. Sería preciso convertirle en asunto de toda la nacion. Demasiado lo ha llegado á ser; pues si se interrumpe la paz, toda ella se ve en próximo peligro de ser subyugada..... Para salir bien en punto tan difícil, era preciso que el rey diese parte al cuerpo de la nacion del plan general de los negocios, con objeto de que se ejecutase voluntariamente de la manera más vigorosa y más arreglada á sus propias resoluciones. Pero para conseguir esto, es preciso que el rey entre en materia con cierto número de notables de las diferentes clases y países. Debían adoptarse sus consejos y hacerles buscar detalladamente los medios ménos duros de sostener la causa comun..... El rey ha tenido la desgracia de quitar el dinero de manos de todas las buenas familias del reino para hacerle pasar sin medida á la de los contratistas y usureros..... Mientras que el despotismo está en la abundancia, obra con más prontitud y eficacia que ningun gobierno moderado; pero cuando cae en el aniquilamiento, sin crédito, se queda absolutamente sin recursos. No obra sino por pura autoridad; si falta el resorte no puede ménos sino acabar de dejar morir de hambre á una poblacion medio muerta, áun cuando tenga que temer la desesperacion.

»Cuando el despotismo se encuentra notoriamente empeñado y en bancarota, ¿cómo queréis que las almas venales, que han engordado con la sangre del pueblo, se arruinen por sostenerle? Es querer que los hombres interesados no tengan interés. Nuestro gobierno, despreciado en la misma Francia, es el que da tanta altivez á nuestros enemigos... Me direis que el rey es incapaz de recurrir á tales medios; que nadie se inclina á proponérselos, y que no está siquiera en estado de consultar, cuestionar, considerar á los diferentes talentos, comparar sus diversos proyectos y decidir sobre sus pareceres. A esto contesto que es bien triste, que siendo el emético el único remedio que queda de salvar al enfermo, no tenga éste fuerza para tomarle, ni para sufrir la operacion. Si el rey está muy distante de aceptar este recurso, lo está de la salvacion del Estado; si es incapaz